

ROQUE DALTON
(1934-1974)

MARIO VÁZQUEZ OLIVERA

Roque Dalton García es uno de los autores más influyentes de la historia literaria de El Salvador. Gran parte de su obra la consagró al examen de la historia, la cultura y la identidad nacional salvadoreñas. Sus reflexiones estuvieron vinculadas estrechamente a su militancia comunista y al proyecto político del movimiento insurreccional surgido a principios de los años setenta. Por ser uno de los ideólogos más destacados del movimiento insurgente, sin duda el principal hombre de letras de la revolución, y dado el profundo impacto que tuvo el estallido revolucionario en la vida política, social e intelectual de El Salvador durante las últimas tres décadas del siglo xx, su obra y su figura llegaron a cobrar especial relevancia, no sólo en el campo de las letras, sino también en el terreno ideológico y, dentro de éste, ciertamente, en cuanto se refiere a interpretar la historia nacional.

Hijo ilegítimo de un empresario estadounidense radicado en El Salvador, Roque Dalton compartió de niño el ambiente exclusivo de la aristocracia local así como la vida rutinaria de la clase media capitalina. Tras una corta estancia en Chile inició la carrera de abogado, que pronto abandonó para dedicarse a escribir, a beber y a conspirar contra el gobierno en turno. Ya para entonces —hacia mediados de los años cincuenta— se había revelado como uno de los más prometedores talentos poéticos del país. De esos años data su ingreso al Partido Comunista de El Salvador (pcs).

A pesar de haber fungido como representante internacional del pcs, Dalton nunca ocupó un sitio importante dentro de la jerarquía partidaria. De hecho, su estancia en Praga, donde trabajó en estrecho contacto con la burocracia de la Cominform,

influyó de manera determinante en su decisión de abandonar el partido. Pero en un primer momento su posición como funcionario internacional le permitió viajar por el mundo y entrar en contacto con las tendencias más novedosas del movimiento socialista radical de Asia, Europa y América Latina, así como con las vanguardias intelectuales de la época.

La notoria actividad política de Dalton, y sobre todo sus viajes a Cuba y otros países de la Europa socialista representando al pcs, lo condujeron a prisión en un par de ocasiones, y a vivir un breve exilio en México y La Habana entre 1961 y 1963. En 1965, amenazado de muerte tras escaparse de una cárcel, abandonó El Salvador. El pcs lo envió a Praga como su corresponsal ante la *Revista Internacional*. En 1967 dejó Checoslovaquia para establecerse en Cuba como parte del equipo de Casa de las Américas.

Una vez allí, Dalton se convirtió en protagonista imprescindible de la tertulia intelectual y política de la izquierda latinoamericana. Hacia finales de los años sesenta, el salvadoreño se vinculaba por igual con afamadas personalidades del mundo literario que con dirigentes políticos y militantes revolucionarios.

En aquella Habana floreciente y pletórica, la obra de Dalton alcanzó su madurez. Allí cobraron cuerpo sus libros más importantes: *Taberna y otros lugares* (poesía), *¿Revolución en la Revolución?* y *la crítica de la derecha*, (ensayo político), *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador* (testimonio historia oral), *Las historias prohibidas del Pulgarcito* (collage histórico) y *Pobrecito poeta que era yo* (novela autobiográfica).

Aunque en su primer trabajo de corte historiográfico, una monografía de El Salvador publicada en Cuba en 1963, Dalton buscó ceñirse a ciertos cánones de la interpretación marxista, hasta donde él entonces alcanzaba a comprender, muy pronto dejó de lado dicha pretensión y emprendió más bien un análisis

cultural de la historia salvadoreña, y en particular de la conformación del Estado nacional. Su estrecho contacto con intelectuales comunistas y revolucionarios de Asia, África y América Latina, la Europa socialista, pero sobre todo su fecunda estancia en Cuba, parecen haberle revelado la importancia del nacionalismo cultural y político como factor fundamental dentro de la lucha revolucionaria y antiimperialista en el Tercer Mundo. Pero si bien nunca dejó de reclamarse como marxista-leninista, en cuanto se refiere a su lectura de la historia salvadoreña, su perspectiva heterodoxa lo acercó más bien al idealismo nacionalista que al materialismo histórico.

Poeta al fin de cuentas, en sus reflexiones sobre la cultura, la identidad y la historia salvadoreñas el factor emocional se impuso por encima del análisis científico. ¿Qué era El Salvador? ¿Valía la pena recordarlo en la distancia? ¿Tenía algún sentido pensar en el retorno?

Sus conclusiones al respecto no admitían concesiones. Desde su mirada cosmopolita, El Salvador aparecía como un país desdibujado. La historia de la patria era un largo memorial de escarnios y vergüenzas. La mitología liberal era un desván atestado de símbolos ridículos. Palabra muerta ante los miles de campesinos asesinados en 1932. Y la actitud "oportunista" y "claudicante" del pcs, traición a la sangre derramada por el pueblo.

Esta perspectiva quedó plasmada en su libro consagratorio *Taberna y otros lugares* que en 1969 recibió el premio Casa de las Américas. Este poemario resume la trayectoria personal de Roque Dalton durante la década de los sesenta: la cárcel, los exilios, sus peripecias personales en Europa oriental y sus meditaciones acerca de la patria.

"País mío no existes / sólo eres una mala silueta mía / una palabra que le creí al enemigo", escribió en "El gran despecho". Y asimismo, en "El alma nacional":

Patria dispersa:

caes como una pastillita de veneno en mis horas.

¿Quién eres tú, poblada de amos,
como la perra que se rasca junto a los mismos árboles
que mea? ¿Quién soportó tus símbolos,
tus gestos de doncella con olor a caoba,
sabiéndote arrasada por la baba del crápula?
¿A quién no tienes hartos con tu diminutez?
¿A quién aún convences de tributo y vigilia?
¿Cómo te llamas, si, despedazada,
eres todo el azar agónico en los charcos?

No obstante tales expresiones, cuando *Taberna* fue premiado, la perspectiva personal de Dalton acababa de dar un súbito viraje. Tras renunciar al pcs, había decidido sumarse a la lucha guerrillera. Al asumir tal decisión no solamente creyó resolver sus propias incertidumbres existenciales y políticas, también encontró una salida conceptual a su desgarramiento patriótico. El advenimiento de la guerra revolucionaria en El Salvador le permitió vislumbrar la respuesta a sus dolorosos cuestionamientos respecto al "alma nacional", al pasado y porvenir de su amada/odiada patria.

En El Salvador, la nación era posible si había revolución. Sólo en el marco del proyecto político de la revolución radical podría reconstituirse una noción positiva de la patria. Más aún, hacerlo resultaba una tarea prioritaria. Entonces, en el pináculo de su lucidez creativa, Dalton asumió esa empresa como una deuda propia. Así nació ese libro singular que es *Las historias prohibidas del Pulgarcito*, en el cual articuló sus agudas reflexiones sobre la historia, la sociedad y la cultura de El Salvador con el proyecto radical de la izquierda armada.

De alguna manera, ésta constituye la expresión más acabada del Gran Relato nacional que postularon los revolucionarios marxistas como una alternativa a la historia *oficial*. Sin embargo, bastante lejos del marxismo de manual, tan caro a los comu-

nistas latinoamericanos de aquellos tiempos, Dalton optó por historiar la nación como proceso cultural, como forma, como idioma, como drama. Asimismo, evitó hacer una narración unitaria y, anticipando elementos de una perspectiva sumamente contemporánea (habrá quien diga posmoderna), propuso en cambio, asumir la historia como un relato abierto, fragmentario, rayano en la ficción e incluso en la broma, así como también destacar la centralidad de los lenguajes coloquiales y literarios en la conformación de la cultura, y subrayar la importancia de la construcción simbólica de las narrativas identitarias, nacionales, de género, de clase, regionales, por mencionar algunas.

El propio libro es un constructo extraño, imposible de encajonar en las clasificaciones convencionales. *Collage* que integra documentos (muchos de ellos alterados o intervenidos), narraciones breves, poemas propios y ajenos, notas periódicas, albures, versos y coplas de la tradición popular, en fin, retazos de la más diversa índole que no conforman un único relato sino acaso una suerte de lienzo cubista en el que las distintas facetas de la sociedad salvadoreña, su historia, su cultura, su lenguaje y sus símbolos, aparecen analizados en múltiples fragmentos, como observados en un caleidoscopio.

Al escribir *Historias*, Dalton trastocó de manera radical conceptos fundamentales del quehacer historiográfico. La objetividad (el tratamiento de las fuentes), la coherencia narrativa (fragmentos), la precisión cronológica (anacronismos), e inclusive la solemnidad (sarcasmo). Incluso, anticipando de algún modo una perspectiva posmoderna, Dalton parece haber considerado que la función explicativa de la historia científica era completamente prescindible.

En su perspectiva la historiografía académica podía llenar grandes lagunas del conocimiento humano, pero era incapaz de resolver problemas fundamentales de la existencia social: la injusticia, la exclusión y la violencia. No veía en la historia escrita un medio de explicación sino más bien un instrumento

de manipulación política: "No existen los misterios de la historia/ existen las falsificaciones de la historia/ las mentiras de quienes escriben la historia", concluyó en "Reflexión", uno de los últimos poemas del libro.

En el caso de El Salvador, la falsificación de la historia patrocinada por la oligarquía había sacado de escena al verdadero protagonista de la construcción nacional: el pueblo mismo. En función de ello, El Salvador era una entidad escindida: de un lado estaba El Salvador aparente, miniestado ridículo, potestad de la oligarquía y de los gobiernos militares; paraíso de la brutalidad, de la explotación, de la ignorancia; del otro lado, subyacía una identidad profunda y verdadera, de raigambre popular, susceptible de ser reconstruida a partir de los pocos elementos que habían sobrevivido a la distorsión oligárquica. Rescatar esta otra cara de la patria era condición *sine qua non* de la existencia plena de El Salvador como entidad autoconsciente.

Las historias prohibidas concluyen con una fatal advertencia, que Dalton cumplió puntual y trágicamente:

Yo volveré yo volveré
no a llevarte la paz sino el ojo del lince
el olfato del podenco
amor mío con himno nacional
voraz
[...]
necesitás bofetones
electro-shocks
psicoanálisis
para que despertés a tu verdadera personalidad
[...]
habrá que meterte en la cama
a pan de dinamita y agua
lavativas de coctel Molotov cada quince minutos
y luego nos iremos a la guerra de verdad

todos juntos
 para ver si así como roncas duermes
 como decía Pedro Infante
 novia encarnizada
 mamá que parás el pelo.

Dalton no pudo atestiguar el desenlace de esa historia. En mayo de 1975 murió ejecutado por sus mismos compañeros de armas bajo el cargo de traidor y agente cubano. El paradero final de sus restos mortales sigue siendo un misterio. Algunos dicen que en el terreno donde fue sepultado de manera clandestina se construyó un fraccionamiento. Otros afirman que su tumba, cavada de prisa en las faldas de un volcán, fue profanada por los perros. Esta controversia macabra puede ser una metáfora del destino que tuvo su herencia intelectual.

Si bien su actuación personal en la lucha revolucionaria fue sumamente breve y tuvo este trágico desenlace, su obra y su figura, convertida en emblema, desempeñaron un papel protagónico en el estallido insurreccional.

Poco después de su asesinato, una violenta sacudida social señaló la irrupción de los sectores populares en la escena política. Los grupos guerrilleros se empeñaron en apresurar el violento parto de la nueva nación. En ese proceso *Las historias prohibidas* jugaron un papel significativo; apuntalaron el programa político de la revolución y delinearon los principales elementos discursivos y propagandísticos, de carácter histórico-cultural, que entonces compartían las diferentes organizaciones de la izquierda armada, más allá de sus disputas sectarias. La "historia *collage*" no tardó en convertirse en el pequeño "libro rojo" de los militantes revolucionarios. Lo repasaron asiduamente dirigentes y bases del movimiento. Asimismo fue lectura obligada para los estudiantes de la Universidad, junto con el fabuloso *Miguel Mármol* y aquella antigua y obsoleta monografía de El Salvador.

Para finales de la década, el curso del proceso político en El Salvador parecía como dictado por el fantasma del poeta. La insurrección se anunciaba como un terrible alumbramiento. Y así como la prédica del obispo Romero fue la voz de los *sin voz*, los versos de Dalton y sus *Historias prohibidas* fueron el himno de batalla de miles y miles de jóvenes rebeldes que ofrendaron sus vidas en el altar sangriento de la nueva nación. "Cuando sepas que he muerto no pronuncies mi nombre", había advertido Dalton muchos años atrás en un críptico conjuro; pero en esos días aciagos su nombre redivivo era un emblema de fuego en el país que se incendiaba.

Entre 1979 y 1981 la insurrección popular estuvo muy cerca de alcanzar la victoria, pero se pasmó en el intento. Luego vinieron la guerra y su caudal de atrocidades; incontables "lavativas de coctel Molotov", "electro-shocks" y "bofetones", sin que el país despertara a su "verdadera personalidad", y al final las cosas tomaron otro rumbo.

Consagrado como mártir y emblema intelectual de la causa revolucionaria, durante los años de la insurrección y luego todo el periodo posterior de la guerra civil, la figura de Dalton se agrandó hasta alcanzar una dimensión superlativa. Fue también un personaje entrañable en el nivel popular; de hecho, ahora es uno de los pocos escritores nacionales que podría mencionar cualquier persona interrogada en la calle. También su nombre se hizo legendario entre los círculos intelectuales y políticos de la izquierda latinoamericana. Al término del conflicto armado, el reconocimiento de Dalton como una de las grandes figuras literarias de El Salvador se hizo extensivo a las instituciones gubernamentales. En 1994, en un señalado gesto de reconciliación política, el Ministerio de Educación publicó una antología poética de Roque Dalton, que entre otras cosas, destaca por su grueso volumen y sobre todo por rescatar del olvido numerosos trabajos suyos publicados en el extranjero, que hasta entonces eran prácticamente desconocidos en el país.

De manera paradójica, si bien actualmente el nombre de Dalton figura de manera insoslayable en los anales de la historia literaria de El Salvador, se desdeña de manera ostensible su elaborada interpretación de la historia patria, la cual sin duda constituye uno de los elementos más notables de su legado intelectual.

Esto no es extraño, dado que el desenlace de la guerra tuvo un saldo favorable para la derecha oligárquica; la paz le permitió reestructurar su poder y consolidar su hegemonía. Ejemplo de ello son los sucesivos triunfos electorales de la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), que desde 1989 encabeza el gobierno salvadoreño. Pero también este abandono de Dalton es atribuible, cuando menos en parte, al afán de influyentes políticos e intelectuales, inclusive de izquierda, por deslindarse del llamado "mito roquiano". Para muchos, al igual que otras tantas banderas de la revolución, el paradigma nacional postulado por Dalton resulta anacrónico y del todo prescindible en El Salvador de la posguerra. Sin embargo la sombra del viejo maestro pesa como lápida. Después de diez años de firmada la paz, transcurridos por cierto en condiciones excepcionales de libertades civiles y estabilidad política, no se ha producido una reflexión acerca de la historia y la cultura nacionales equiparable en amplitud, profundidad y sentido crítico, a la que Dalton virtió en *Las historias prohibidas*.

En efecto, la narrativa de la nación que Dalton propuso como himno de batalla parece aquilatarse en tiempos de posguerra. Pero la misma pobreza historiográfica del país hace que su elaboración deconstructiva, con sus imprecisiones, su sarcasmo y su sesgo ideológico, sigan representando hoy por hoy una visión mucho más redonda, penetrante y provocativa, más viva, más apasionada y, en este sentido, también más *verdadera*, que las versiones más bien tibias, descentradas, que ha producido la academia. Ciertamente, El Salvador pacificado requiere de un concepto muy distinto de cultura nacional al que postulara nuestro autor como paradigma y fundamento

del proyecto revolucionario. Pero no sobra recordar que además de ponderar la paz, la democracia y las instituciones liberales, ese nuevo concepto debe retomar, en su justa proporción, la emergencia de aquella identidad *prohibida* que afloró hace treinta años con la violenta irrupción de los sectores subalternos en el escenario político y que, quiérase o, no representa el parteaguas de El Salvador contemporáneo. En la valoración de este aspecto, como también en lo concerniente a otros temas centrales de la historia salvadoreña, la formación del Estado, la nación, la cultura y la identidad, el aporte de Dalton no debe despreciarse.

¿O debemos esperar que también su memoria la devoren los perros?

BIBLIOGRAFÍA

- Dalton, Roque, 1988a, *Un libro levemente odioso*, México, La letra (*Obras completas*).
- , 1988b, *Taberna y otros lugares*, México, La letra (*Obras completas*).
- *et al.*, *El intelectual y la sociedad*, México, Siglo XXI.
- Mármol, Miguel, 1983, *Miguel Mármol: los sucesos de 1932 en El Salvador*, La Habana, Cuba, Casa de las Américas.